

Padre Emmanuel André La Iglesia al fin de los tiempos

VII. Henoc y Elías

Durante la persecución del Anticristo, a la cabeza de las falanges intrépidas de los cristianos, aparecerán dos enviados extraordinarios de Dios, gigantes en santidad y sobrevivientes de las edades antiguas: Henoc y Elías. ¿Quiénes son estos personajes? ¿Cómo harán su aparición providencial en la escena del mundo? Veámoslo a la luz de las Escrituras y de la Tradición.

1º Qué dice la Escritura sobre Henoc y Elías.

Henoc es un descendiente de Set, hijo de Adán, y tronco de la raza de los hijos de Dios. Es la cabeza de la sexta generación a partir del padre del género humano. Anterior al diluvio, nació miles de años antes de Jesucristo. El Génesis nos enseña sobre él que Dios lo arrebató a la edad de 365 años (Gen. 5 18-25), es decir, dada la extrema longevidad de esa época, en la madurez de su edad. No murió, sino que «desapareció», esto es, fue trasladado vivo a un lugar conocido sólo de Dios.

Por lo que mira a **Elías**, su historia es más conocida. Apareció en el reino de Israel menos de mil años antes del Salvador, y es el gran profeta de la nación judía. Su vida es de lo más dramática; se podría decir que es una figura profética del estado de la Iglesia durante la persecución del Anticristo.

En efecto, siempre anda errante, siempre se ve amenazado de muerte, y siempre se ve protegido por la mano de Dios. Unas veces Dios lo oculta en el desierto, donde lo alimenta unos cuervos; otras veces lo presenta al orgulloso Acab, que tiembla ante él. Dios le entrega las llaves del cielo, para enviar la lluvia o el rayo; lo favorece en el monte Horeb con una visión llena de misterios. En resumen, lo engrandece hasta darle la talla de Moisés taumaturgo, de manera que, juntamente con Moisés, escolta a Nuestro Señor en el Tabor.

La desaparición de Elías es igual de extraña que su vida. Caminando con su discípulo Eliseo, golpea el río Jordán con su manto, y las aguas se abren a su paso. Anuncia entonces a Eliseo que va a ser arrebatado al cielo. De repente, «*mientras iban hablando, un carro de fuego y unos caballos de fuego los separaron a entrambos, y subió Elías en un torbellino al cielo. Eliseo lo veía y gritaba: “¡Padre mío, padre mío, carro y auriga de Israel!” Y no le vio más*» (IV Rey. 2 11-12).

De este modo Elías, el amigo de Dios y celador de su gloria, fue también transportado a una región misteriosa, en la que se encontró con Henoc, su antecesor. ¿Cuál es esta región? Pues Henoc y Elías siguen vivos. ¿Dónde los mantiene Dios escondidos? Nadie lo sabe. Sólo se puede afirmar que, por el momento, se hallan fuera de las condiciones humanas; los siglos pasan bajo sus pies sin afectarlos; permanecen en la madurez de su edad, seguramente tal como eran cuando Dios los arrebató de entre los hombres.

2º Misión de Henoc y de Elías en los últimos tiempos.

Su reaparición en la escena del mundo no es menos segura que su desaparición, ya que el autor del Eclesiástico, expresando toda la tradición judía, habla de estos dos grandes personajes en los siguientes términos:

«Henoc agradó a Dios, y fue transportado al paraíso, para predicar la penitencia a las naciones» (Eclo. 44 16). «¿Quién puede gloriarse de ser tu igual, oh Elías? ... Tú, que fuiste arrebatado en un torbellino a lo alto, y por un carro con caballos de fuego; tú, de quien está escrito que fuiste preparado para un tiempo dado, para apaciguar la cólera de Dios, para convertir el corazón de los padres hacia los hijos, y restablecer las tribus de Israel» (Eclo. 48 1-11).

Estas palabras inspiradas revelan claramente que Henoc y Elías tienen aun una misión que realizar. Henoc debe *«predicar la penitencia a las naciones»*, mientras que Elías debe *«restablecer las tribus de Israel»*, es decir, devolverles su rango de honor al que tienen derecho en la Iglesia de Dios.

La unanimidad de los doctores ha sostenido que ambos realizarán simultáneamente esta misión al fin del mundo. Elías en particular es considerado como el precursor de Jesucristo cuando venga como Juez de vivos y muertos (Mt. 17 10; Mc. 9 10-12). Por lo tanto, los hombres verán un día, y no sin terror, cómo Henoc y Elías vuelven a descender en medio de ellos, y les predicán la penitencia con un brillo extraordinario. San Juan los llama los *«dos testigos de Dios»*, y los pinta como sigue en su Apocalipsis:

«Daré orden a mis dos testigos, y profetizarán vestidos de saco mil doscientos sesenta días. Estos son los dos olivos y los dos candelabros que están en la presencia del Señor de la tierra. Y si alguno les quiere hacer mal, saldrá fuego de su boca y devorará a sus enemigos. Y si alguno pone su mano sobre ellos, perecerá sin remedio del mismo modo. Estos tienen la potestad de cerrar el cielo para que no llueva durante los días de su profecía, y tienen potestad sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con todo linaje de plagas, siempre y cuando quisieren» (Apoc. 11 3-7).

¿Quién no reconocería en estos rasgos al Elías del Antiguo Testamento, que cerró el cielo durante tres años y medio, e hizo caer fuego del cielo sobre los soldados que venían a capturarlo? Los mil doscientos sesenta días designan el tiempo de la persecución final. Así, la aparición de los testigos de Dios coincidirá con la persecución del Anticristo. Reconozcamos que el socorro concedido a la Iglesia será proporcionado a la magnitud del peligro.

Los dos testigos de Dios, revestidos de las insignias de la penitencia más austera, irán por todas partes, y en todas partes serán invulnerables; una nube, por así

decir, los cubrirá y protegerá, y fulminará a quienquiera ose tocarlos. Tendrán en sus manos todas las plagas, para herir con ellas a la tierra según su arbitrio. Predicarán con suma libertad en presencia misma del Anticristo, que se estremecerá de rabia; y habrá un duelo formidable entre el monstruo y los dos misioneros de Dios.

VIII. La crisis final

Detengamos un instante nuestra mirada en los intrépidos misioneros de Dios, y observemos cuán divinamente oportuna será su aparición.

Dice San Pedro que «en los últimos días vendrán burladores con mofas, dados a vivir conforme a sus propias concupiscencias, y diciendo: “¿Dónde está la promesa y el advenimiento [de Jesucristo]? Porque desde que los padres murieron, todo continúa de la misma manera, lo mismo que desde el principio de la creación”» (II Ped. 3 3-4). Esos seductores y engañadores los vemos hoy con nuestros propios ojos y los escuchamos con nuestros propios oídos. Se llaman racionalistas, materialistas, positivistas; niegan toda causa superior y todo hecho sobrenatural; no se preocupan por saber de dónde vienen y adónde van, y niegan la existencia de una vida futura. Para ellos, lo único que importa es gozar al máximo del momento presente, porque todo lo demás es incierto.

Estos falsos sabios relegan las narraciones de Moisés entre las cosmogonías fabulosas. Se niegan a reconocerle a los Libros Santos ningún valor histórico. Por lo que se refiere a la venida de Jesucristo, a la resurrección general, al Juicio final, a las recompensas y a las penas eternas, lo consideran todo como sueños absurdos. Aseguran que la humanidad, en vías de progreso indefinido, encontrará un día su paraíso en la tierra.

Justamente para confundir a estos impostores, Dios suscitará a Henoc, representante del período antediluviano y casi contemporáneo de los orígenes del mundo, y a Elías, representante del judaísmo mosaico, que por un extremo confina con Salomón y David, y por otro con Isaías y Daniel.

Estos grandes hombres establecerán con autoridad indiscutible la autenticidad de la Escritura, y mostrarán cómo el cristianismo se vincula a la era de los profetas hasta Moisés, y a la de los patriarcas hasta Adán. Jamás la divinidad del Cordero, «que ha sido inmolado desde la creación del mundo» (Apoc. 13 8), habrá resplandecido de manera tan fulgurante. Al mismo tiempo anunciarán con energía la proximidad del Juicio. Retomando las palabras de San Juan, clamarán por todos los rincones del mundo: «Haced frutos dignos de penitencia... Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles... El que viene tras de mí... tiene su biello en su mano, y limpiará su era, y allegará su trigo en su granero; mas la paja la quemará con fuego inextinguible» (Mt. 3 8-12).

Según la predicción del Eclesiástico, **Henoc** predicará la penitencia a las naciones, esto es, a todos los pueblos fuera del judaísmo; les hablará con la majestad de un antepasado, y les hará reconocer a Jesucristo, «*el Deseado de las naciones*». **Elías** se dirigirá especialmente a los judíos, que esperan su venida, se dará a conocer a ellos por señales evidentes, y hará brillar ante sus ojos a Jesús, que es hueso de sus huesos y carne de su carne. Como es evidente, estas predicaciones,

a pesar de las amenazas y de los tormentos, se verán acompañadas de conversiones abundantes y sorprendentes, sobre todo por parte de los judíos, según lo anuncia formalmente la Escritura.

Los dos testigos de Dios predicarán a veces juntos y a veces por separado, y durante tres años y medio recorrerán toda la tierra. Por más que los periódicos hagan alrededor de ellos la conspiración del silencio, se impondrán a la atención del mundo. El Anticristo intentará capturarlos en vano, porque el fuego devorará a quienes se atrevan a tocarlos. Con la espada de la justicia de Dios, pasarán entre los hombres de placer y de libertinaje, y los herirán con plagas repulsivas. Finalmente, cuando su misión haya concluido, perderán la asistencia sobrenatural que los protegía hasta entonces:

«Cuando hubieren terminado su testimonio, la Bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. Y su cadáver quedará en la plaza de la gran ciudad..., donde también el Señor de ellos fue crucificado. Y muchos de los pueblos, y tribus, y lenguas, y naciones, verán su cadáver durante tres días y medio, y no dejarán que se les dé sepultura. Y los que habitan sobre la tierra se alegrarán sobre ellos y se enviarán presentes unos a otros, puesto que estos dos profetas habían atormentado a los que habitan sobre la tierra. Mas al cabo de los tres días y medio, un espíritu de vida enviado por Dios entró en ellos, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los estaban mirando. Y oí una gran voz venida del cielo, que les decía: “Subid acá”. Y subieron al cielo en la nube, y sus enemigos los contemplaron. Y en aquella hora sobrevino un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se cayó, y perecieron en el terremoto siete mil hombres, y los restantes quedaron desparvoridos y dieron gloria al Dios del cielo» (Apoc. II 7-13).

¡Qué asombrosa conclusión de un drama tan inaudito! ¿Qué hará el Anticristo frente a estos prodigios? Echará chispas de rabia, y sintiendo que todo se le escapa, intentará por todos los medios recuperar su influencia perdida. Tal vez sea entonces cuando lo sorprenderá el castigo vaticinado por San Pablo, al decir que *«Jesucristo lo destruirá con el soplo de su boca y lo aniquilará con el esplendor de su advenimiento»* (II Tes. 2 8).

Una visión de Santa Hildegarda sobre el fin de este enemigo de Dios podría servir de comentario a esta profecía. Vio la Santa en espíritu cómo el monstruo, rodeado de sus oficiales y de un genito inmenso, subía una montaña. Al llegar a su cumbre, anunció que se elevaría en los aires. Y empezó a hacerlo de hecho, como Simón Mago, por el poder del demonio. Pero en ese instante sonó un espantoso trueno, y el Anticristo cayó fulminado. Su cuerpo, que se descompuso al punto, difundió un hedor intolerable, y cada cual huyó espantado.

Así, o de un modo parecido, acabará el enemigo de Dios, y su inmenso imperio se desvanecerá como el humo. El mundo se sentirá aliviado de un peso aplastante. Y habrá una conversión general que, al decir de San Pablo, parecerá una **resurrección**. De ella hablaremos en el artículo siguiente.